

PRECIOS DE SUSCRICION

MADRID	
	Ptas. Cts.
Un trimestre.....	2 50
Un semestre.....	5 50
Un año.....	10

PROVINCIAS

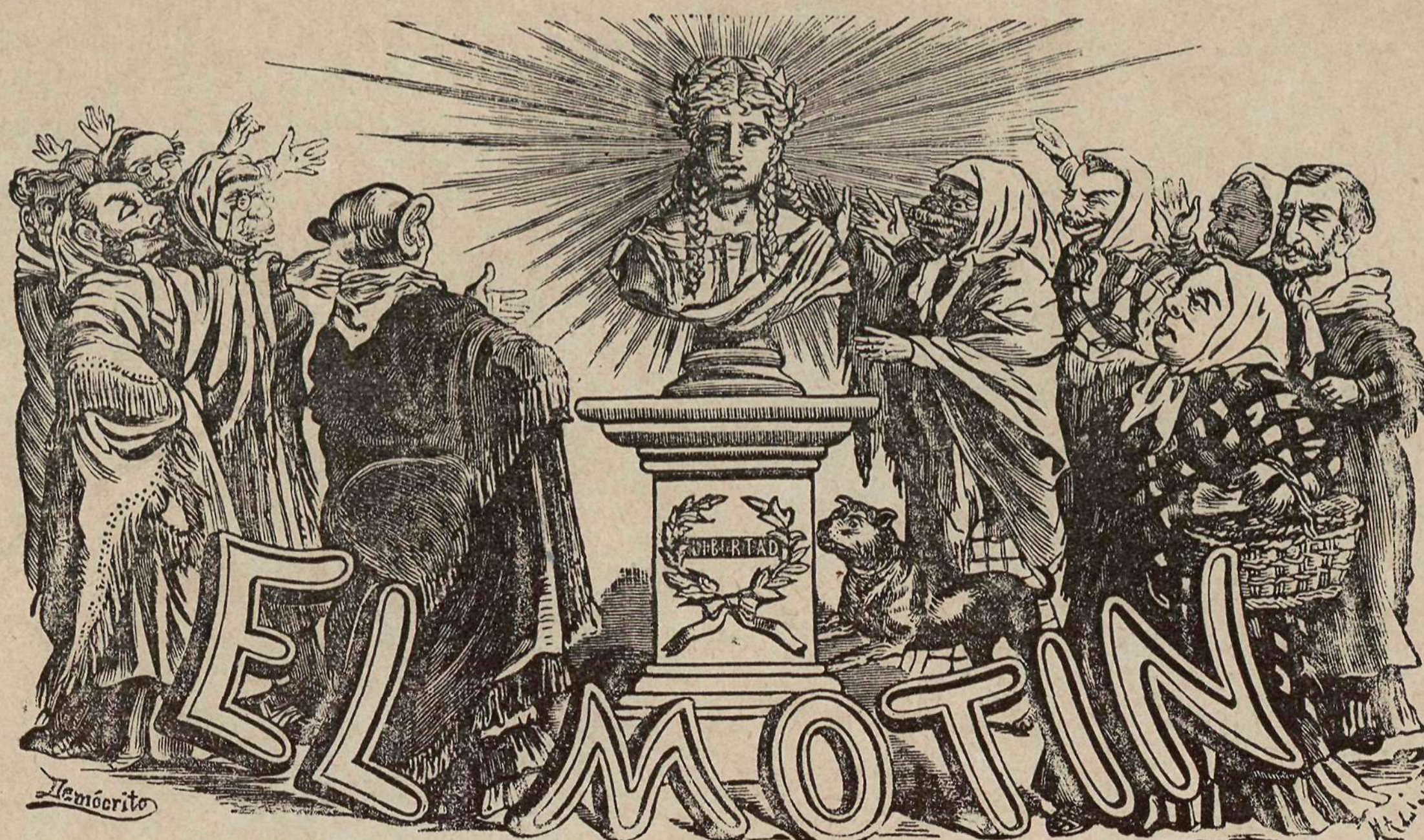
Tres meses.....	3
Seis.....	5 50
Un año.....	10
Extranjero y Ultramar.	5 pesos

CORRESPONSALES

25 números de El Mo-	2
tin.....	
Idem del SUPLEMENTO.	

NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.



ADMINISTRACION

SAN BERNARDO, 94, PRIMERO DERECHA

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100.

La correspondencia al Administrador del periódico.

Centros de suscripcion: En Madrid: librería de los Sres. Hijos de Fé, carrera de San Jerónimo, número 2, y de Gaspar, calle del Príncipe, 4.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.



PERIÓDICO SATIRICO SEMANAL

¡18 Á 22 DE NOVIEMBRE!

CUADRO DE FELICIDAD

¿Lo he visto, ó lo he soñado?

Esto me pregunto con indecible angustia, cada vez que á mi memoria acude el recuerdo de días tan terribles.

Y no me atrevo á contestarme á mí mismo, por temor á convencerme de que todo aquello no fué más que el producto de una horrorosa pesadilla.

Pero procuraré coordinar las ideas y referir lo que vi ó soñé.

Madrid, tranquilo como una balsa de aceite, entregábase á la dulce satisfaccion de divertirse, con la alegría de aquel á quien nada le falta, merced al trabajo que ennoblece y dignifica.

Sus honrados agiotistas, combinaban en sus dorados salones los medios de apoderarse del resto de la fortuna pública.

Las rameras de alto bordo, reclinadas en sus coches, hacían dudar al moralista de si existen prácticamente líneas divisorias entre el vicio y la virtud.

Los tomadores, timadores y demás artistas presidiaban, ensayaban nuevos é ingeniosos procedimientos para apoderarse de lo ajeno.

Una vieja rica y repintada cruzaba por aquí seguida de dos jóvenes que se disputaban las primicias de su postrimer sacudimiento nervioso.

Por allí un viejo setentón ofrecía á una doncella amarla eternamente, si se comprometía á demostrarle que no merecía aun el dictado de bisabuelo.

Un empleado conservador huía con los fondos confiados á su custodia, sin hacer cínico alarde de su honradez, antes bien, buscando la oscuridad; que es tanto más hermosa la virtud cuanto menos se exhibe.

Sordo y dulce rumor de ganzúas escuchábase por doquier, unido al del buril que falsificaba diestramente billetes de Banco, ó de lotería.

Y este movimiento, esta animacion, esta vida, eran sólo interrumpidos por algun ¡ay! lanzado por alguno á quien arrebatában violentamente la existencia, ora en su casa, ora en la calle...

Unase á esto el hermoso y consolador espectáculo de los centenares de hermosas Magdaleñas que acudían á los templos á pedir á Dios que les permitiese seguir pecando, y dígaseme si Madrid no era por aquellos días libre, feliz é independiente.

Con estos datos, cualquiera comprenderá que los simpáticos polizontes, garantía del orden, la propiedad y la familia, estarían orgullosos de haber contribuido con su celo á la tranquilidad del vecindario, y que éste, satisfecho del presente y seguro del porvenir, en todo pensaría menos en trastornos, atropellos, lágrimas y sangre.

Mas ¡ay! ¡cuán falible es la mísera prevision humana!

En ménos tiempo del que un leve punto, que apenas se divisa en el horizonte, conviértese en nube negra y horrorosa allá en las regiones tropicales, nube que trae en su seno la tormenta

que todo lo arrasa y devasta en cinco minutos, en ménos tiempo, repito, cambió tan halagüeña perspectiva, y rayos de ira, truenos de gritos, cataratas de lágrimas y rios de sangre relampaguearon, retumbaron y corrieron por este afortunado Madrid, centro del timo, emporio de la prostitucion y hospitalario refugio de la granujería respetable.

¿De dónde subió el vapor que formó súbitamente aquella nube? ¿Dónde nació el viento que la empujó?

Yo os lo diré, amados lectores míos, pero antes permitidme descargar por un momento el pesado fardo de la indignacion que me abruma con su insoportable peso.

BOCETO DE ESPANTO

Musa de la desolacion y el luto, inspírame; Satanás, primer rebelde y primer héroe, préstame la pluma con que describiste, si es que lo has hecho, el combate épico que te arrojó del cielo; pintores de batallas, dadme vuestros pinceles; y vosotros, todos los luchadores de todos los tiempos; infundid en mi espíritu la esencia de vuestro valor, para que pueda describir, si quiera sea pálidamente, los horrores que presencié.

¿En qué calle? ¿En qué sitio? No sabría decirlo. Tal confusion de ideas y sentimientos trabajan mi espíritu, que no recuerdo ni quiero recordar dónde ocurrió cada uno de los horribles hechos que voy á referir.

Iba yo por la calle, pensando filosóficamente en que el catolicismo es una religion de paz y amor, de perdon y tolerancia, sin que basten á desmentirlo los millones de víctimas que por su cuenta han sido escabechadas, cuando llegó á mis oídos confuso rumor de voces que aumentó por segundos, y al cual se unió muy pronto el de puertas que se cerraban, pisadas de personas que huían, y todos los pavorosos y trágicos gritos que preceden á los combates que la insensatez humana promueve en las calles de las poblaciones que edifica para vivir tranquilamente.

¿Qué hacer? ¿Huir? Hubiera sido cobardía. ¿Permanecer en aquel punto? Hubiérase juzgado temeridad. Y estando en estas dudas, que hubieran terminado, como si lo viera, en tomar valerosamente las de villadiego, aparecen por el extremo de la calle en cuyo centro estaba yo, unos cuantos guardias de orden público huyendo despavoridos.

En sus semblantes, antes tan plácidos, se retrataba ahora el terror en toda su majestuosa serenidad; y sus ojos, velados habitualmente por soberana indiferencia, saltaban fuera de sus órbitas.

¿Quién los perseguía? ¿Qué ejército de fieras, que no de hombres, venía en su seguimiento para que así huyeran, ellos, tan valientes? ¿Quién...?

Mas ¡ah! que en esto asoman sus enemigos y la exclamacion se ahoga en mi garganta.

Chusma feroz de chiquillos fuertes y musculosos, armados unos con tremendos sables, otros con descomunales rewólvers, algunos con nudosos palos; éste con una lanza, aquel con un

fusil, el de más allá con un cuchillo... Esto, que apareció de pronto ante mis ojos, vino á explicarme lo que en vano habia tratado de comprender.

Pero, treguas ¡oh musa, Lucifer, pintores y héroes! y permitidme tomar una taza de tila para calmar la agitacion de mis nervios, que se ponen como macillos de alambre solamente al recordar aquella aparicion espantosa.

CUADRO DE HORRORES

Por mucho que corrian los desgraciados polizontes, más corrian los feroces estudiantes, porque estudiantes eran aquellos miserables; y es que si el miedo presta alas, la ira salvaje desarrolla electricidad en los pies.

Un pobre guardia, aún me parece verlo! advirtiéndome que sus esfuerzos para huir resultaban poco ménos que inútiles, tuvo la serenidad de ánimo suficiente para pensar en que tal vez se salvaría quitándose los zapatos, y así lo hizo, como podeis ver en el dibujo que en este número se publica; más ¡ah! que uno de aquellos infames lo alcanzó, y se lo llevó por delante dándole más palos que un yesero á su borrico.

Otro, que se creía ya en salvo porque iba á ganar la esquina, tropieza con un compañero que en el duro suelo yacía, y recibe una terrible cuchillada que le asesta á dos manos un rechoncho y forzado granuja de seis ó siete años.

Mirad, mirad ahora aquel desdichado de lengua barba y griega nariz, ¡y cómo se ceban en él aquellos miserables asesinos, baldon de la especie humana y deshonor de esta nacion generosa!

Uno le pega de puntapiés, otro le pincha con una lanza, y otro le sacude con una escoba, cual si fuere un monton de basura, una telaraña, ó un mestizo. ¡Qué infamia!

Detente ¡oh! detente, bárbaro infante de caballería, que arremetes sable en mano contra ese desdichado guardia. ¿En qué te ha ofendido? ¿Qué mal te ha hecho? ¿Acaso en algunas elecciones te ha apaleado? ¿Acaso?...

¡Pero qué miro! ¡Oh! Esto ya excede á cuanto la imaginacion humana puede concebir! ¡Qué Isías en sus apóstrofes, qué San Juan en su apocalipsis, qué Dante en su infierno, qué inquisicion en sus torturas, qué cura carlista en sus desvarios sanguinarios, llegaron jamás á donde ese niño, que con colosal cuchillo de cocina rebana afanosamente el cuello á aquel mártir de ros y capote que veis allí tendido!

¡Ojos míos, anegaos en lágrimas ó dirigios á otro punto, para no ver ese detalle horroroso!

¡Mas si no sé á dónde volver los ojos!... ¡Si por todas partes veo escenas aterradoras!...

Acá un feroz mamoncillo que se desprende furioso del pecho de su madre (por cierto, muy guapa) y que, empuñando un rewólver, descerraja seis tiros sobre un hermoso guardia, bizco, y mal encarado.

Allá... (Pero permitidme que antes de proseguir, abra un paréntesis para preguntarle á la madre de ese niño:

¿Te alimentas con carne de pantera, saboreas

cabezas de serpiente, ó bebes leche de tigre, á fin de que la tuya adquiriera la dulzura necesaria para que tu hijo, todavía en mantillas, deje en ellas á todos los asesinos más célebres, desde Cain hasta los de los niños del Canal).

Y mientras me contesta, proseguiré la espezuznante descripción:

Allá, un guardia abierto de arriba abajo como un cerdo...

Acullá, otro atado codo con codo y conducido á la universidad por dos gateras sin zapatos...

Y más lejos ¡oh! corramos un velo...

¡Un guardia moribundo que llevan tendido sobre una escalera á la casa de socorro!...

Angeles que velais en el cielo por la inocencia: llorad, llorad al verla atropellada y escarrecida en la persona de esos cándidos guardias, cuyos rostros revelan claramente que no hace ni cincuenta años que se separaron de vosotros para venir á alegrar la tierra con sus plácidas sonrisas.

LA PREVENCIÓN PROFANADA

Se consumó la iniquidad; se deshonró el mismo crimen.

No les bastaba á esa turba de malhechores estudiantiles, turbar la tranquilidad pública, apalea y acuchillar á indefensos guardias, romper cabezas, llenar el empedrado de sangre, de heridos los hospitales y de presos la cárcel; era preciso más, mucho más.

En medio de nuestras discordias, de nuestros motines, de nuestras revoluciones, había un edificio cuyos umbrales jamás profanó planta autoritaria; y éste era la prevención.

¡La prevención! Casto asilo donde duerme borracha la prostituta después de armar un escándalo á altas horas de la noche; en que encuentra refugio y un lustroso banco lleno de parásitos el que tuvo la desgracia de ser sorprendido *apandando* un reloj; mansion donde suele repartirse caritativamente leña lo mismo en verano que en invierno...

Pues bien; era necesario profanar la prevención, allanándola, y repetir dentro las sangrientas escenas que habían ocurrido fuera.

A pretexto de que unos cuantos guardias habían dado vivas á la independencia policiaca, el mandon de aquellos sicarios ordenó á su segundo que asaltase la prevención, y sable en mano penetraron iracundos en ella, repartiendo mandobles á diestro y siniestro.

En vano el jefe de guardia se opuso; en vano los cabos y sargentos se arrancaron los galones en son de protesta contra aquel incalificable y nunca visto atropello: los chiquillos penetraron en las habitaciones donde se pasa lista, y á este quiero, á este no quiero, se despacharon á su gusto, manchando de sangre inocente el mugriento suelo del augusto edificio.

Ni la tierna edad de los polizontes, ni el verlos desarmados, nada los contuvo, y satisfechos de su obra, se sentaron después á comer en las escaleras las delicadas bazofias que sus dignas esposas les llevaron, colocando á la puerta un centinela de diez meses de edad con la bárbara consigna de asesinar al desdichado guardia que asomase por allí.

¿Y esto es una nación civilizada? ¿Y estas son autoridades? ¿Y estas son leyes?

El rubor que siento me impide continuar.

LA SANTA ISABEL

Mares por el ciclón embravecidos, selvas por la tormenta sacudidas, aludes con estruendo desprendidos de las nevadas cumbres, encendidas entrañas del volcán: vuestros rugidos que el pecho llenan de mortal espanto, prestad hoy á mi lira, y pavorosos resuenen en las notas de mi canto. Déle la angustia su gemir doliente, sus profundos suspiros la tristura, y déle la agonía el estridente ruido de su estertor, para que sea la suprema expresión de la amargura y digno del asunto en que se emplea. ¿Quién sin temor á describir se lanza de tan nefasto día los horrores? La ira y la venganza en Madrid desataron sus furores, cuando ansiosos de sangre, á la matanza se entregaron impíos profesores. Súcia la toga y el puñal al cinto, al frente de las turbas escolares furiosos profanaron el recinto de augusta prevención, sin que á su enojo la defensa opusiera valladares. No; los nobles agentes

del público reposo garantía, cayeron sin luchar; dignos, prudentes, del mártir con la santa valentía. ¡Abnegación estéril! Su bravura irritando á las huestes infantiles, aun más y más enardeció su saña.

Cerró la noche oscura sin poner tregua á sus intentos viles ni suspender la bárbara campaña. Cinco veces la cima de los montes todavía de luz bañó la aurora, alumbrando la furia destructora que con sangre de inermes polizontes regó las tristes calles de la villa donde fueron ornato y maravilla. Vanamente, agarrada del feroz escolar á la rodilla, pedía compasión para el esposo la esposa atribulada;

con rudo impulso el brazo riguroso del bárbaro rapaz la echaba á un lado; y de la madre el ruego cariñoso era con juramentos contestado. ¡Con qué cruel jactancia los escalones por la sangre rojos en mesa de festín trocó la infancia!

¡Con qué honda repugnancia viéronse confundidos los despojos de aquella sin igual carnicería con los manchados restos de la orgía! En aquel edificio respetable donde el guardian del orden, al ratero y al beodo domina, donde tiembla de la ley ante el sable

el criminal empedernido y fiero, cuartel halló la estudiantil canalla, cual bandada de buitres que se posa harta ya, sobre el campo de batalla. En aquellas estancias y pasillos donde solo se oyó la voz doliente de las viles ramera y los pillos, la blasfemia, del labio balbuciente brotó de profesores y chiquillos, corriendo así parejas aquel día con su crueldad, su torpe grosería.

¡Oh veinte de Noviembre! En la memoria grabada está tu vergonzosa fecha, y al consignarla con rubor la historia dirá que la barbarie satisfecha, del 10 de Abril oscureció la gloria.

¡Los hijos más preclaros de esta querida patria! ¡Los guardianes de su honor á la par que su cultura! ¡Los polizontes de marcial figura víctimas de atropellos y desmanes!

¡El eterno sosten de las esquinas por el rapaz inculto apaleado. El vistoso uniforme desgarrado, rotas las venerandas esclavinas! ¡Oh genio del horror! mi alma dominas, y anudando la voz á mi garganta interrumpes mi canto lastimero.

¡Musa de la tragedia, á mí me espanta más que me inspira tu semblante austero. Para pintar de la hecatombe odiosa los tristes episodios, no hay bastante negra sombra en la noche; la horrorosa imagen del furor; el estudiante que por los siglos execrado sea, en su conciencia ruin toda la emplea.

EPISODIOS

Entre los muchos ocurridos estos días, que ponen de relieve, por una parte el salvajismo y crueldad del cuerpo estudiantil, y por otra la prudencia de los atropellados polizontes, merecen especial mención los siguientes:

Yendo un grupo de quince á diez y seis guardias, huyendo de la persecución de un estudiante de faz patibularia, tropezó y cayó al suelo uno de aquellos, notable por su rostro angelico y su dulce mirar, llamado Antonio C. del Castillo; y en vez de pedir gracia, como cualquiera en su caso hubiera hecho, fijó sus hermosos y fabladores ojos en su verdugo, y díjole con voz que semejava el rumor más suave del arpa eólica mejor afinada:

«No me pegue V., señor niño, que yo no he vuelto á meterme con ningún individuo de su distinguida clase, desde que abandoné el oficio de pasante de escuela.»

Y esta súplica tierna, que hubiera desarmado al mismo Neron, y que conmovió á cuantos la escucharon, sólo sirvió para que el vil infante menudeara con horrible furia los puntapiés que le intercalaba en el texto.

Otro episodio:

Acosado por un descomunal bebé, corría á ganar la esquina inmediata un guardia, á quien sus compañeros llaman el Antequerano; mas viendo que le era imposible lograr su intento, volvióse rápidamente, y creyendo lo que es la inocencia! que lo perseguían por no se qué travesturilla cometida en sus verdes años, hincose de rodillas y exclamó con acento capaz de ablandar á un risco:

«¡Perdóneme V., caballero bebé, que no volveré en mi vida á poner letreros anti-dinásticos en el ministerio de Hacienda!»

Oir esto y pegarle un descomunal sablazo, que no acabó con él gracias á haber rebotado en su hermosa dentadura, fué todo uno para aquel genízaro de tres años.

Un sordo murmullo de indignación del público que contemplaba la escena, respondió á la agresión bárbara de aquel niño sin entrañas.

Otro:

Salía de la prevención un pobre guardia, (Fernandez creemos que era el más vulgar de sus innumerables apellidos), donde había pasado la tarde deletreando un tratado de Moral, á cuyo estudio se consagra desde fecha reciente, según nos aseguraron, cuando tropieza de manos á boca con un desaforado chiquillo que le pone el revolver al pecho, despotricando como un energúmeno.

¿Qué hacer en aquel lance terrible? Lo que él hizo, gracias á su serenidad y al valor que solamente da la conciencia del deber; salir huyendo heroicamente, dejando estupefactos de admiración á cuantos su colosal hazaña contemplaron, y burlando de este modo las iras de aquel *quidam* que quería quitarle la vida con la credencial.

¡INFAMES, INFAMES!

Mientras las feroces turbas de estudiantes, armadas de sable y revolver, recorrian las calles de la población buscando infelices guardias de orden público en quien saciar sus criminales instintos, ¿qué hacían sus padres, los encargados de velar por su educación?

Alentarlos cobardemente en la sombra y aprobar sus atropellos, sin tener en cuenta que á aquella misma hora, que el destino marcará con raya negra en los anales de esta patria desventurada, las abuelas y visabuelas de los inocentes guardias, llorarian desconsoladas en sus poéticos albergues, antes llenos de alegría, si ahora tan tristes.

«Si hay alguien más despreciable que el verdugo, es su ayudante.» Esto, que se repite con harta frecuencia, no ha tenido jamás confirmación más apropiada que en el caso presente.

Porque si existe, si puede existir algo más infame que esas cohortes patibularias de niños canallescos, apaleando á dignos y valerosos polizontes, son sin duda alguna sus padres, sus maestros, sus tutores, los encargados de velar por su buena vida y costumbres.

Caigan, pues, sobre sus cabezas las idem rotas y la sangre vertida. Y el día que en el reloj de la justicia suene la hora de la reparación, aprenderán á costa suya que el crimen deja siempre rastro bastante para que los sabuesos de la ley puedan descubrir á sus autores en sus inmundas madrigueras.

¡QUÉ VERGÜENZA!

Cuando mañana, en alas del telégrafo, llegue la noticia de lo ocurrido á todas las prevenciones de España y del extranjero, ¡qué vergüenza para todos!

¡Sí; ¡qué vergüenza para todos cuando se sepa que una banda de sicarios de diez y doce años, comandada por uno de trece sin bigote ni perilla, se lanzó ebria de sangre y matanza, sobre las indefensas masas de ancianos de orden público, que salían pacíficamente de las prevenciones, ilustres centros del saber y la cultura!

La frase «el Africa empieza en los Pirineos» va á recibir sanción cumplida en cuanto corra por el mundo la noticia de que en España, clásica tierra del valor y la hidalguía, se acuchilla sin piedad á desarmados guardias y pacíficos transeúntes.

Ya no podremos decir en adelante, con la frente levantada y la mirada orgullosa: ¡soy español! porque esa frase no significará desde hoy nobleza, heroísmo y gloria, sino degradación, cobardía y vergüenza.

Un pueblo que ha visto sacrificada á la flor y nata de sus vetustos agentes de orden público, en quien fundaba, y con justicia, tan grandes esperanzas para el porvenir, y nada menos que por unos cuantos sanguinarios chiquillos, algunos de seis y siete años de edad, ese pueblo no puede formar dignamente parte de los países civilizados.

Miserables estudiantes, que habeis así deshonrado á vuestras dos madres, la que os llevó en su seno, y la que nos es común á todos: la

patria. ¡Caiga sobre vosotros la maldición de la historia!

PARTE GRADUADO DE OFICIAL

Después de la sangre el lodo; sobre las cuchilladas del salvajismo, el árnica de la burla.

Hé aquí el documento que el jefe de la chiquillería escribió á su padre para disculpar sus brutales atropellos:

«Señor: Acabada la reyerta, voy á decirle á usted la verdad de lo ocurrido.

No sé por qué, el martes 18 armaron varios guardias una bronca en la prevención, echándose luego á la calle.

Empezaron á dar gritos, los amonesté, se rieron de mí, me amenazaron y les largué unos lapos.

Al día siguiente se reunieron, llegaron hasta las puertas de la casa de huéspedes que interinamente habito, é hirieron á varios inocentes niños.

Así es que, ya quemado, pinché á mis chicos, que pusieron verdes á los guardias á puro darles palos.

Desde allí se fueron gritando y alborotando á varios sitios donde venden aleluyas, y dijeron que éramos esto, lo otro y lo de más allá.

Y vamos, que acuchillamos á unos, prendimos á los otros y dispersamos á todos.

En aquel día mataron á todos los niños que estaban á mis órdenes y volvieron á matarlos al otro día.

En vista de esto, dispuse que los muertos acuchillasen á los guardias, y aquí paz y después gloria.

Tal es la verdad, de que doy fe. Madrid 25 Noviembre de 1884.—Pueblo azul.»

Este parte, que copio al pie de la letra para mengua del mequetrefe que lo suscribió, es el escarnio más sangriento que ha podido hacerse de la verdad en todos los tiempos, y justifica el desprecio y el asco con que la opinión pública mira á los viles autores de los sucesos que narremos.

RESPONSABILIDADES

Hay que hacerlas efectivas en plazo más ó menos próximo, ó confesar que no tenemos vergüenza.

Esos cobardes y sanguinarios chiquillos, miserables instrumentos de aviesas pasiones, deben aprender un día á su costa que la justicia no es una palabra vana.

Hay que vengar á esos pobres guardias sacrificados, á esas nobles esposas heridas en lo más profundo de su afecto; á esos tiernos vástagos policíacos, huérfanos cuando apenas comenzaban á balbucear el nombre de sus uniformados padres.

Y que la sangre derramada en las calles y las prevenciones sirva para redimir al cuerpo de orden público de las humillaciones y miserias que ha sufrido y sufre.

Ante esa consoladora perspectiva, la alegría renace en nuestro ánimo, y ¿por qué no decirlo si lo sentimos así? casi estamos por dar las gracias á la canalla estudiantil, por haber dado pretexto á que la opinión pública estalle potente, y se manifieste en explosiones de indignación y rayos de esperanza.

EL ORIGEN DE LA CUESTION

ANTECEDENTES

Voy á referir el origen sin apasionamientos ni exageraciones.

Discutiase en la prevención sobre la mayor ó menor antigüedad del cuerpo de policía, habiendo quien sostenía que databa del Paraíso, fundándose en que Dios había colocado un ángel á la puerta para impedir que Adán y Eva volvieran á entrar en él después de su falta, y que esta misión, encomendada al ángel, es la misma que aquella ejerce hoy en casos parecidos.

Un tal Malaquita, capitán del cuerpo, sostuvo que tal opinión era errónea, y lo demostró con gran copia de razones y textos sacados de los archivos de las prevenciones de épocas pasadas; y el jefe, un señor Peal, le replicó airado y furioso, diciendo en síntesis que convenia mantener aquella creencia, para que el cuerpo de orden público se enorgulleciera de su ilustre abolengo.

Y así quedó la cuestion, de la cual ya nadie se acordaba, cuando hé aquí que unos señores negros, que guardan el archivo donde, según ellos, están las pruebas de esas verdades en que nadie cree, protestaron contra las palabras del capitán Malaquita, y cátese de nuevo enzarzada la cuestion.

Unos guardias, por cierto de los más desastrosos, quisieron recoger firmas de adhesión á la protesta de los hombres negros, y con este motivo se armó una de cachetes que ardía el agua, y casi todos los guardias determinaron ir en manifestación á la casa de Malaquita para felicitarle por haber defendido la verdad.

Y allá se encaminaron.

LA OVACION.

Fué grande, como exigía la importancia del asunto, y mesurada, como hecha por personas de educación exquisita.

Y aquí hubiera terminado todo, si al siguiente día, y al ir á saludar á la puerta de la prevención á Malaquita, no hubieran advertido los guardias que varios chicuelos de caras sospechosas rondaban la calle, armados de sables y rewólvers.

Hombres dignos, y además altivos como buenos españoles, tomaron á ofensa aquella vigilancia, y menudearon los vivas y las manifestaciones de entusiasmo, y ¡cuál no sería su sorpresa al verse acometidos brutalmente por aquella acanallada chiquillería y apaleados y acuchillados sin piedad!

Fué tanta, que á no haber agotado los tesoros de su prudencia, hubieran acabado allí mismo con aquellos miserables en ménos tiempo del que necesita un cura para invertir el producto de ocho ó diez misas en comprarle á su sobrina unos zapatitos de lazo y tacon alto.

Afortunadamente se contuvieron, fiando á la ley escrita el castigo que otros hubieran pedido á la justicia práctica é inmediata.

De lo demás que ocurrió, en varios lugares de este número me ocupo, así como de las protestas que la indignación arrancó á las prevenciones de España y el extranjero.

ADHESIONES Y PROTESTAS

«Los abajo firmantes, agentes públicos y secretos del cuerpo de seguridad y vigilancia de la villa de Torrelodones, protestamos con toda nuestra energía del acto de fuerza ejercido sobre nuestros dignos jefes y amados compañeros por las feroces turbas escolares.

Al tenerse aquí noticia del bárbaro atropello de que nuestros hermanos han sido objeto en Madrid, é inspirados en las venerandas tradiciones del cuerpo, llevése á cabo una imponente manifestación en defensa de los intereses de la policía, y acordamos los individuos que tenemos la alta honra de pertenecer á ella, no ejercer las funciones del cargo, ni que un solo criminal sea habido hasta que se dé satisfacción cumplida á nuestras quejas y recobre su antiguo lustre el uniforme escarnecido por los sicarios de la enseñanza.

Cuenten, pues, con nuestra incondicional adhesión los polizontes de Madrid, y crean que repercuten en nuestras costillas los golpes que en las suyas descargaron adolescentes sin piedad, excitados por maestros sin conciencia.—Torrelodones 24 Noviembre 1884.—El único representante en esta villa del cuerpo de orden público, Benigno Melon.»

Protesta de los guardadores del orden público del concejo de Cangas de Tineo.

«Compañeros:

Obedeciendo nuestros corazones á los generosos impulsos de la amistad y el compañerismo, natural es que demos una prueba de admiración y respeto á nuestros colegas de Madrid, que con la entereza propia de quien está convencido de la bondad de la causa que defiende, aguantaron la bárbara acometida de los estudiantes, y regaron con su sangre generosa el hasta entonces respetado suelo de las Prevenciones.

Pero no basta honrar á los que tan dignamente han vuelto por los fueros de la ilustrada, celosa y respetable institución de la policía española; fuerza es al mismo tiempo protestar con toda la energía posible de los atropellos cometidos por esos energúmenos, deshonor de las aulas; por esos feroces chiquillos que, con crueldad de tigres, han acuchillado durante cinco días á nuestros indefensos compañeros.

Por tanto, y mientras no se dé satisfacción completa á la esclavina pisoteada y la chapa desobedecida, cerrando las escuelas y destituyendo á los maestros, nuestra dignidad exige, como así lo acordamos, declararnos en huelga, ó mejor dicho, seguir holgando.

Cangas de Tineo, 26 de Noviembre de 1884.

La comisión: Juan Agarra (a) Raposo.—Robustiano Corchete.»

Los abajo firmantes, agentes de orden público en Zamarramala, indignados por lo acaecido en Madrid, donde sus compañeros han sido brutalmente atropellados por rapaces y mamones furiosos, protestan enérgicamente contra la infancia y la adolescencia.

Cornelio Manso.—Silvestre Pitones. (Siguen las firmas).

Los polizontes de Madrid han respondido á la adhesión de los guindillas portuguesas con el siguiente telegrama:

«Hermanos:

Mil millones de contos de reis no producirían en nosotros la alegría que hemos sentido al recibir vuestra carta.

Gracias por vuestra adhesión de protesta á los inicuos atentados verificados en las prevenciones de Madrid.

Vuestras palabras de unión para la mútua defensa de la policía, son la prueba de la solidaridad que existe entre todos los pueblos que aman el orden.

Grabadas quedarán siempre en el corazón de todos los polizontes de España.»—La Comisión.

Roma 26 de Noviembre de 1884.

«Nobles polizontes de España: vuestra actitud ante la agresión de los estudiantes es objeto de alabanzas entre nosotros, tan cariñosas como son ágras las censuras que merecen vuestros verdugos.

Abajo las escuelas, es el grito que desde hoy en adelante lanzarán las bocas de vuestros afectísimos.—Los polizontes italianos.»

A los del orden público. Madrid.

«Indignación en todo pecho policiaco al saber vuestro bárbaro atropello.

Los guardias de la Paz se adhieren á vuestra protesta.

París 25 de Noviembre de 1884.—La Comisión.»

Lieja 27 de Noviembre de 1884.

«Los polizontes de esta industriosa ciudad, horrorizados por el sangriento espectáculo que ofrecen los de Madrid, acometidos por las fanáticas turbas de estudiantes, envían á las víctimas su cariñoso saludo.»

MANOJO DE FLORES MISTICAS

Acción heroica digna de esculpirse en mármoles y en bronce.

Pasaba un niño montado en un mulo por el puente en Miranda de Ebro. Espantóse el animal, arrimóse á la barandilla, y pegando un respingo, dió con la criatura en el río.

Su pérdida era segura, cuando un bulto negro se arroja al agua, y nadando, nadando, con grave exposición de su vida, agarra por la solapa de la chaqueta al niño, logrando sacarlo á tierra después de grandes esfuerzos.

¿Que quien era ese sér noble y desinteresado, que así se exponía á la muerte por salvar la vida á un niño? ¿Quien habia de ser si no un ministro de la religión de aquel que dijo, «haz con otro lo que quisieras que hicieran contigo?»

Iban el Gordo, Vicente y Gervasio, virtuosos sacerdotes de Langreo, de paseo por la carretera, cuando encontraron á una pobre familia protestante, desfallecida y muerta de frío.

Aunque sabían que aquellos individuos no pertenecían á su religión, inmediatamente se pusieron á consolarles, dándoles además cuanto dinero llevaban encima, y despojándose el Gordo de su balandran para abrigar á una anciana que, á pesar de eso, espiró aquella noche.

Costearonle los tres el entierro, celebraron por su alma misa solemne, y buscaron una colocación para el jefe de aquella familia desventurada.

Este rasgo de caridad abrió sus ojos á la luz de la fe, y hoy el gremio católico cuenta con cinco miembros más, pues los protestantes acababan de convertirse al catolicismo.

Yacía en medio de la calle el cadáver de un infeliz jornalero de Vigo, sin que las lágrimas de su viuda ni el ruego de sus desvalidos huérfanos, consiguieran que el alcalde diese el necesario permiso para el entierro, á pretexto de que el difunto no dejaba dinero para las escuelas públicas ni habia jamás pagado contribución.

Mas la luz de la caridad, que se esconde modesta tras las negras nubes de las sotanas, ilu-

minó el pecho de un virtuoso sacerdote, que en compañía de otros varios de la clase y vestidos consus más lujosas capas, llevó con gran pompa al cementerio los restos del pobre bracero, no sin haber tenido antes que reñir ruda batalla con el interesado alcalde.

Bendigamos al presbítero cuyo nombre omitimos por no lastimar su natural modestia.

Un presbítero de Santander se vió una tarde sorprendido por la visita de una joven de pelo negro, ojos idem, cejas al pelo, esbelta, bien formada y con un pié que ya lo quisieran muchas para poder decir que entraban con buen pié hasta en la gloria.

Recibíola con la amabilidad de toda persona bien nacida, y preguntóle por el objeto que á aquella su humilde morada la conducía; y entonces ella, despues de suspirar y sonrojarse, vino á decir que deseaba entrar á su servicio aun cuando fuese en clase de criada.

Y aunque era tal la moza, que si el diablo se hubiera valido de ella para tentar á Antonio, hubiera triunfado de la firmeza del santo, el presbítero á que aludimos, logró convencerla de que debía dedicarse á las dulces prácticas de la familia legalmente constituida, consiguiendo así matar en ella la impureza de la pasión amorosa que hacía el púdico sacerdote sentía.

Decidme si hay un seglar que pueda envanecerse de un hecho semejante en su hoja de servicio.

Cantaban y bebían en un merendero de Cádiz varios flamencos de buen humor, cuando acertó á pasar por allí un pobre fraile estenuado por el ayuno; verlo y rodearle en son de chacota invitándole á participar de la orgía, todo fué uno; pero cuando casi á empujones le hicieron penetrar en la tasca, cogiendo el digno sacerdote un pedazo de pan y un vaso de agua clara, negose obstinadamente á probar ninguno de los succulentos manjares que le ofrecían.

Su ejemplo, y las elocuentes palabras con que les excitó á la templanza, hicieron tanta mella en aquellas conciencias empedernidas por el vicio, que no solo dejaron en el acto el comenado festín, sino que al día siguiente acudían contritos al tribunal de la penitencia, cosa que no habían hecho en su vida.

Con pastores como estos, ¿qué oveja se escapa del redil de la religion católica?

DEDICATORIA

Reproducimos á continuación la que hemos puesto en la cuarta parte de *El Espejo moral de clérigos*, para que se comprenda con cuanta justicia pedimos que esa parte, lo mismo que las tres anteriores, se declaren de texto en las escuelas de instruccion primaria:

A los célebres y esforzados varones que tanto enaltecieron el nombre del clero español durante la guerra civil pasada: Agramunt, cura de Flix; Abril, canónigo; Cura de Alcaban; Altolaguirre, presbítero; Alhambra Yepes, idem; Bustamente, idem; Botija, idem; Domingo (á) Dondon, idem; Bellacun, idem; Cadenas, idem; Campos de Cubells, idem; Catalan, idem; el cura de Prades; Ceballos, presbítero; Choporena, idem; el cura de Orio; el de Hernialde (Santacruz); el de Izu; el de Ibarra, obispo; el cura de Losa; el de Lanchares; el de Ibarra; Camon, presbítero; Conde, idem; Cortina, idem; Diaz Esposito, idem; Ezpeleta, idem; Goiriena, jesuita; Guilarte, presbítero; Guezurrola, idem; Ibarreta, idem; Iriarte, idem; Hundain, canónigo; Izcue, vicario; Lasarte, presbítero; Larcos, idem; Martin, idem; Lorenzana, canónigo; Llanos, presbítero; Marañon, idem; Maldonado, idem; Manterola, canónigo; Milla, presbítero; Muñoz, canónigo; Mon, jesuita; Megino, presbítero; Mendizábal, idem; Piñero Cascales, idem; Quilez, canónigo; Rebollar, presbítero; Rodríguez, penitenciario; Rey, presbítero; Lino, idem; Domingo, carmelita; Sierra, presbítero; Urra, idem; Elcarte, carmelita; Sagasti, dominico; y tantos otros que sería prolijo enumerar.

«Tal respeto me infunden los grandes infortunios, con tal fuerza brota en mi pecho la simpatía hacia los grandes dolores, y me entusiasman tanto los grandes caracteres, que no he podido resistir al deseo de dedicaros la parte cuarta de este mi libro, inmortal como el recuerdo de vuestras legendarias proezas.

Alguno de vosotros, héroes de la fe, se encuentra ya en el cielo gozando del premio á que sus altas obras le hicieron acreedor, porque la muerte no resalta calidad, fortaleza, ni virtud; más como la gloria tiene el envidiable privilegio de conceder á sus elegidos vida real en la imaginación de los demás hombres, de ahí que para este humilde admirador vuestro, continúeis todos honrando esta afortunada tierra española que se envanece de contaros entre sus hijos.

Cuando pienso en la vida que hoy lleváis y la comparo con la que ayer hicisteis, ¿por qué no he de decirlo, si las lágrimas no avergüenzan? mi pecho se le-

vanta angustiado, me falta aire que respirar, y moriría de seguro, á no ser por que el llanto arrastra en su caudalosa corrida el limo de mi pena.

Las leyendas de Prometeo encadenado, de Tántalo con el agua á la boca muriendo de sed, y la realidad de Napoleon prisionero en Santa Elena, realidad y leyendas son que no expresan aún con bastante energía la inmensidad del martirio que sufríreis ¡oh, mis amados presbíteros! en esas montañas, en esas rocas, en esas islas llamadas parroquias, á donde la suerte contraria os arrojó al terminar la última guerra carlista.

La humana criatura que llegara á los umbrales del dorado alcazar de sus sueños, y se le abriesen sus puertas, y entrara y recorriese admirada sus mágicos salones, sus jardines espléndidos, y cuando creyera haber tomado para siempre posesion del edificio, se viera agarrada por un brazo y conducida otra vez al oscuro y frío camaranchon de la realidad, únicamente esa criatura podría tener idea, aunque siempre imperfecta, de lo horrible de vuestra actual situación.

Horrible, sí. Haber agotado las sensaciones del combate, triunfadores unas veces y vencidos otras; entrado á degüello en las poblaciones enemigas sin respetar ancianos, mujeres, ni niños, como en Mayá; amarrado á una madre para que presenciara la deshonra de sus dos hijas, degollando luego á las tres; clavado á un niño de pecho al hierro puntiagudo de un balcon para que pereciera allí; arrojado por una ventana á un viejo para que antes de llegar al suelo fuese recibido fraternalmente por evangélicas y atildadas bayouetas...

Haber calentado vuestros miembros ateridos al fuego del incendio de poblaciones enteras; destrozado vivos á los soldados de un destacamento con un pico de arrancar tierra, como en Manresa; asesinado á otros á puñaladas despues de cortar á los jefes la carne de los brazos en forma de galones con arreglo á la graduacion de cada uno, y de haberles sacado los ojos, como en Uldecona; arrojado centenares de seres humanos á las simas de Igúzquiza y Ecala...

Haber fusilado en peloton á los prisioneros por el enorme crimen de batirse cual españoles, heroicamente, como en Olot, Enderlaza, Berga y cien puntos más; jóvenes los unos, con madre, con hermanos... viriles y fuertes los otros, con esposas, con hijos...

Y despues de todos estos variados espectáculos, hincar la rodilla en la tierra empapada en sangre humeante todavía, y con la boina en la mano temblorosa aún por la matanza, y la voz enronquecida por los rugidos de la ira satisfecha, rezar un Padre-nuestro por las almas de aquellos cuerpos, mutilados en nombre de la religion de Aquel que en la cruz perdonaba á sus enemigos...

¡Oh! Quien una vez hizo esto, ó lo autorizó con su presencia, ó se entusiasmó con su relato, no es posible que deje de sentir nunca la nostalgia del combate, del incendio y del degüello. Podrá rendirle un instante el cansancio moral, pero á lo mejor ¡qué terribles sacudimientos!

El cuerno del porquero que al salir el sol llama á cabildo al gremio de animales que abomina el pueblo de Israel, se le antojará el toque de diana, y se arrojará del mullido lecho maldiciendo al sacristan-asistente que no le ha llamado antes de asomar el día.

Verá la zanja abierta para el riego, y se le figurará que es trinchera para matar soldados á mansalva; y convertirá mentalmente el árbol que da sombra á la puerta del templo en fagina para incendiar un cuartel.

En la iglesia se le ocurrirán estos pensamientos: ¡Qué buenos cañones podrian hacerse con estas campanas! ¡Cuántos miles de cartuchos darian por esta custodia! ¡Cómo se presta á la defensa la escalera de caracol de esta torre! ¡Qué de liberales se podrian aplastar con este gigantesco San Cristóbal!

Si celebrando el sacrificio de la misa oye los gritos de los muchachos que juegan á la pelota en los muros del templo, exclamará: ¡traición! ¡á las armas! si el galope de un caballo, ¡viva D. Carlos! si el rechinar de un carro de labranza, ¡paso á la artillería!

Al empuñar el hisopo para rociar á un difunto, los músculos de su mano se contraerán fuertemente, confundiendo con el sable de batalla; sentirá correr por su cuerpo ese escalofrio, que si es señal de miedo en el cobarde, es en el valiente signo de bravura, y tendrá que hacer gran esfuerzo sobre sí mismo para no comenzar á repartir tajos y mandobles entre las estúpidas ovejas que le rodean.

¡El órgano! Otro tormento. Al lanzar sus trompetas las notas, un tanto belicosas, creará escuchar pasos de ataque ó himnos de triunfo; y trémulo, convulso, no sabrá si acompañarlas con voz atronadora, ó alzar humildemente el caliz para beberse la sangre de Cristo á falta de la de un liberal.

Cuando alguna beata derengada se acerque al confesionario, que á él le parecerá garita de escucha, y con voz gangosa se acuse de pecados con arrugas y caricias desdentadas, será de ver el gesto que pone al recordar la fresca y coloradota patrona que encendió una vela á Santa Rita la noche que en su casa se alojó, creyendo ¡inocente! que los presbíteros necesitan celestial ayuda para realizar imposibles.

¡Y hacer ahora esta vida insoportable, un día, y otro día, y todos los días!

La misa por la mañana, el rosario por la tarde, la novena por la noche... Algun casamiento, algun bautizo, algun entierro... El chisme de una devota por aquí, la exigencia de un devoto por allá... Todas las palabras comentadas, todos los pasos escudriñados... ¡Hay para volver loco al presbítero que ha guerreado sin tener más fueros que sus brios ni más pragmáticas que su voluntad!

¿Y las noches? ¡Oh! ¡Qué aburrimiento! O pasarlas jugando al tresillo en casa del boticario, ó permanecer al lado de su ama, que puede bien ser joven, que puede bien ser guapa, que puede bien ser cariñosa, pero que carece ya del encanto de lo desconocido y del incentivo de la codiciado.

¡Buena diferencia entre estas noches y aquellas otras, nunca iguales, en que, entre libacion y libacion, se hablaba del hecho de armas del día, se elogiaba al compañero muerto, se hacían confidencias amorosas en voz baja, se repartía el botín, y á última hora se solía encontrar en ageno lecho el dulce galardón que la hermosura piadosa concede espontáneamente al heroismo religioso!

¿Y qué compensaciones encuentra el desgraciado presbítero á cambio de esta vida tirada á cordel, monotona y acompasada? Pocas; yo diría que ninguna. Negar el sacramento del bautismo á los hijos de los liberales con este ó aquel pretexto; arrojar en un muladar los restos del que no deja un céntimo al morir; insultar impunemente á sus enemigos desde el púlpito; recrearse en la contemplacion de los huérfanos y viudas de la última guerra, y formar batallones de Hijas de Maria, aptos solo para vencer en amorosas lindes; esto es todo. ¿Y qué es todo esto en comparacion de lo que ha perdido?

¡Pobre presbítero! Imagínome verle al caer la tarde de un hermoso día de primavera, de pié en un ribazo que domina el lugar, apoyado en su baston, mirando al parecer la puesta del astro rey, pero en realidad abstraído en sus recuerdos, más profundos á medida que la brisa refresca su frente caldeada en la fragua del pasado.

Las aves que despiden al día con sus trinos; las nubes que se tiñen de ruborosas tintas al darles el sol su último beso; el susurro del viento al coquetear con las hojas de los árboles del bosque vecino, mezclándose al murmullo del agua del arroyo que corre por entre guijas; el sonido de las esquilas del rebaño que se retira al redil, uniéndose al canto pausado del labrador que desunce los bueyes; todo incita á sumergirse en las tranquilas aguas del mar de esa deleitosa melancolía que tanto bien proporciona á los espíritus cansados de las luchas de la existencia.

De pronto suena un tiro. Un cazador ha disparado sobre una alondra que se elevaba en el horizonte para saludar por última vez al sol que ya no se veía desde el ribazo. ¡Un tiro! Al oírlo, el buen cura da un salto, suelta una enérgica interjeccion, y como D. Quijote tomó por séres reales los muñecos del retablo de mae-se Pedro el titiritero, él toma por columnas enemigas los chaparros de un montecillo que á la derecha tiene, y se precipita hacia ellos con el baston enarbolado, repartiendo furiosamente estocadas á diestro y siniestro, y no conociendo su engaño hasta que, tropezando en una piedra, cae al suelo, hiriéndose en aquella frente que tan levantados pensamientos alberga, y retirándose luego á su casa llorando á lágrima viva la desaparicion de aquel hermoso sueño de amor y fraternidad.

..... Pero me faltan fuerzas para seguir pintando la vida triste y desesperadora que lleváis, ¡oh presbíteros de mi corazon! y hago aquí punto, rogándoos que os digneis aceptar benévolo la dedicatoria que de este modesto libro os hace quien tanto os compadece y tanto os admira.

EL MOTIN.

Á LOS CORRESPONSALES

Habiendo tenido que hacer doble tirada de este Extraordinario, en vista de los muchos pedidos que teníamos, lo advertimos á los corresponsales que deseen más ejemplares.

ANUNCIO

Almanaque de EL MOTIN para 1885. Trabajos escogidos, 38 grabados intercalados en el texto y una elegante cubierta de ocho colores al cromo. UNA PESETA en toda España.

LIBROS EN VENTA

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS por R. H. Ibarreta. Esta notable obra, que tan extraordinario éxito ha alcanzado y que ha sido CUATRO VECES EXCOMULGADA, consta de dos tomos, que se venden cada uno á peseta.

EL CITADOR (Comentarios á la Biblia), escrito en francés por Pigaul-Lebrun. Version castellana con un prólogo y la biografía del autor por A. G. M. Obra interesantísima.—Una peseta.

ESEJO MORAL DE CLÉRIGOS para que los malos se espanten y los buenos perseveren, ó sea recopilacion extraordinariamente ampliada y corregida de los celebrados y odoríferos *Manojos de flores místicas* publicados por EL MOTIN.—Cuatro partes á peseta cada una.

ACICATE DE LA ALEGRÍA Coleccion de cuentos, epigramas y frases ingeniosas; todo escogido.—Una peseta.

REGOCIJO DE CREYENTES Y BALUARTE CONTRA MELANCOLIAS Precio: una peseta.—Obra festiva con trece buenas caricaturas al cromo.

LA PIQUETA por José Nakens.—Tercera edicion.—Precio: Una peseta.

Madrid.—Imp. de E. Saco y Brey, Divino Pastor, 12.